

mias tales que el pudor no permite referir.

Era en la Cuaresma y en los días inmediatos á la Pascua cuando sucedia todo esto. Gregorio cometió atentados mayores que los de sus emisarios; entró el Viernes Santo en una iglesia con el gobernador y los habitantes idólatras, y para castigar el horror mismo con que todos miraban sus violencias, mandó azotar en público y despues meter en un calabozo mas de treinta mugeres distinguidas, entre vírgenes y casadas. No miró con mas respeto el día solemne de la Pascua, pues en él mandó encerrar en las cárceles un gran número de fieles. Por último, se apoderó de todas las iglesias; de modo que el pueblo y el clero católico se vieron reducidos á la cruel alternativa de ó alejarse del lugar santo ó comunicar con los impios. Fué tal la persecucion contra los sagrados ministros, que los enfermos de peligro no podian recibir los Sacramentos, ni aun siquiera el Bautismo; pero querian mas verse privados de ellos que el que pareciese que aprobaban la usurpacion de los hereges, recibéndolos de su mano; no teniendo duda de que Dios aceptaria el ardor sincero de sus deseos en lugar de los Sacramentos que solo el temor de participar de la impiedad les impedia recibir.

Los deseos de Gregorio se hubieran cumplido enteramente si hubiera podido apoderarse de la persona de Atanasio; mas el santo obispo le habia prevenido y puéstose en salvo. Cuando los facciosos iban, con ánimo de quitarle la vida, á la iglesia en donde tenia su habitacion, se escapó, llegó al puerto y se hizo á la vela para Italia con el objeto de asistir al Concilio convocado en Roma.

Despues de esto quiso el intruso Gregorio visitar el Egipto; pero mas fué una incursion de bandidos que una visita de obis-

po. Iba acompañado de Balacio, lugarteniente de Filagrio, y de sus bárbaros soldados. A los prelados que resistieron valerosamente al cisma, los azotaron y los cargaron de cadenas. El santo obispo Potamion, que habia perdido un ojo por la fé en la tiranía de los paganos, fué herido con tanta crueldad en la cabeza que consumó su martirio poco despues. Ejecutáronse las mismas violencias en los monasterios de la Tebaida. Vírgenes y solitarios todos fueron tratados sin humanidad y sin pudor.

El corazon de San Antonio se vió penetrado del horror de tantos crímenes y del espíritu de Dios; y escribió á Balacio con un tono profético, que veia la venganza del cielo pronta á descargar sobre su cabeza sacrilega si no cesaba de perseguir á los siervos de Jesucristo. Prorrumpió el impío en la mayor risotada al leer esta carta, tiróla al suelo y escupió en ella sin miramiento siquiera á su propia dignidad. Dirigiéndose luego al portador, le mandó que dijese al Santo, que ya que tomaba tanto interés por los monasterios, le iria á visitar á él mismo. No habian trascurrido todavia cinco dias cuando se mostró la venganza de Dios. Hallábase Balacio á caballo al lado del vicario de Egipto; empezaron los dos caballos á jugar, y lejos de inquietarse los amos, se divertian en verlos, cuando de repente el caballo del vicario acometió á Balacio, mordióle en una pierna y se la despedazó cruelmente. Separósele por último del furioso animal, y le llevaron á su posada, donde murió á los tres dias. Todos se admiraron del pronto cumplimiento de la profecía, y hasta los mismos hereges concibieron veneracion al santo profeta (1).

Contaba entonces el santo anacoreta noventa años; pero el enemigo que no cesa nunca de poner lazos á las mas altas virtu-

(1) Vit. Ant. cap. 30.

des, le sugirió que en el desierto no habia solitario tan perfecto como él. Revelóle el Señor la noche siguiente que habia otro mucho mas santo que él á alguna distancia de su habitacion, y le inspiró el deseo de verle. Apenas fué de día principió Antonio á caminar sin saber hácia donde iria; pero no dudaba que el que le habia inspirado dirigiria sus pasos. Caminó como á la ventura, ó mas bien con aquella fé segura que no conoce casualidad; y al día tereero llegó por la mañana á la cueva donde San Pablo, primer ermitaño, vivia olvidado del mundo desde la persecucion del emperador Decio (1). Estaba muy oscura la entrada, y Antonio iba á tientas, cuando por fin percibió una débil luz; mas al ruido de sus pasos cerró Pablo la puerta con cerrojo. Púsose de rodillas Antonio, y rogó fervorosamente al solitario que le abriese. «Bien sabes quien soy, le dijo, y el que me envia te ha revelado la causa de mi venida. Es verdad que no merezco verte; pero ten entendido que no me apartaré de aqui sin haberte visto. No esperes cansarme; el sol ha andado ya la mitad de su carrera desde que principié á llamar: persistiré de día y de noche hasta la muerte, y si no quieres recibirme vivo abrirás á lo menos para darme sepultura despues de muerto.» Pablo, en quien las dulzuras santas de la soledad y el hábito de la virtud habian aumentado su natural alegría, le respondió que las amenazas no eran el lenguaje de quien suplicaba. Y añadió: «¿te admiras de que no me apresure á recibir tu visita, cuando solo anuncias tristeza, y no hablas sino de morir?»

Entonces abrió la puerta sonriéndose: abrazáronse y se saludaron por sus nombres, aunque nunca habian oido hablar uno de otro, y dieron tiernas alabanzas al Señor. Despues se sentaron, y Pablo dijo: «¡Hé aqui

el que de tan lejos viniste á buscar! ¡Bello objeto de tus cuidados! una cabeza cubierta de algunas canas, un cuerpo arruinado por los años, y pronto á volver á la tierra de donde salió. Mas hablemos de otros objetos. Dime ¿cómo anda el mundo? ¿Siguen los hombres edificando casas tan sólidas como si jamás hubieran de morir? ¿Hay aun grandes, celosos de su dominio y esclavos de un vil interés? ¿Se procura aun hacerles adorar dioses de madera y de metal? Mientras platicaban de este modo preguntándose y respondiéndose mutuamente, un cuervo les presentó un pan, y desapareció. «Mirad la bondad del Señor á quien servimos, dijo Pablo: sesenta años há que recibo cada día la mitad de un pan; mas hoy, que Jesucristo ve dos de sus soldados, ha duplicado los víveres.» Bendijeron su alimento y se sentaron á la orilla de una fuente, que saltaba de la roca en donde estaba la gruta, para tomar en paz su frugal alimento. Mas suscitóse una dificultad muy séria sobre quién habia de partir el pan, insistiendo Pablo en que pertenecia al forastero á causa de la hospitalidad, y Antonio en que pertenecia al antiguo solitario por el respeto debido á sus años. Mucho tiempo duró la contienda, y no se acabó sino conviniendo en que los dos partieran cada uno su porcion. Bebieron de la fuente y pasaron la siguiente noche en oracion y en piadosos coloquios.

Asi que vino la luz del nuevo día, dijo Pablo á su huésped: «Hermano mio Antonio, hace ya mucho tiempo sabia yo que habitabais en estos desiertos, y Dios me prometió que os veria; pero ya os envia al fin de mis dias para que me deis sepultura.» Al oír Antonio estas palabras, sintió el mas profundo dolor, y derramando copiosas lágrimas suplicó á Pablo que le llevase consigo á las eternas moradas. «No, dijo Pablo, no debes limitar tus deseos á solo tu bien: tus lecciones y egemplos son necesarios to-

(1) Hieronym. in vita Pauli.

avía á los hermanos. No obstante, se con-  
dolió de su amigo, y para que no tuviese el  
dolor de verle espirar, le dijo: «Hermano  
mio, ruégote que para sepultarme vayas á  
buscar la túnica que te dió el obispo Atana-  
sio.» Antonio, pasmado de un conocimiento  
tan profético, partió al momento sin replicar  
palabra, y anduvo mas de lo que su cuerpo  
estenuado parecia permitirle.

Sus discípulos habian llorado su ausencia  
como si hubiera sido muy dilatada. Dos de  
los que mas le estimaban salieron corriendo  
á recibirle con la mayor inquietud. «¡Oh  
padre! exclamaron así que se acercaron á  
él, ¿en dónde habeis estado tanto tiempo?  
Vuestros hijos vertian lágrimas de dolor y  
pasaban tristes los dias privados de vuestra  
compañía.» El Santo exclamó como fuera  
de sí: «¡pecador de mí, qué desgraciado  
soy! ¡Ah! ¡cuán injustamente me llamo so-  
litario! He visto á Elías, he visto á Juan  
Bautista en el desierto, he visto en Pablo  
un morador del cielo.» Nada mas dijo en-  
tonces, ni osaron preguntarle mas.

Al punto que tomó la túnica que venia  
á buscar, volvió con presteza á emprender  
de nuevo su camino, teniendo siempre á la  
vista y en su memoria á Pablo. A la maña-  
na siguiente, despues de tres heras de ca-  
mino, tuvo una vision en la que vió en  
medio de los ángeles y bienaventurados al  
santo anacoreta vestido de una blanquísima  
tela subiendo á los cielos. Inmediatamente  
se postró en tierra, y bañado en lágrimas,  
exclamó: «Pablo, ¿por qué me dejas sin  
darme el último adios? ¿Es posible que no te  
haya conocido sino para llorar tu pérdida?»  
En lo restante del camino parecia que vo-  
laba, y cuando llegó á la gruta de Pablo  
halló de rodillas el cadáver con los ojos y las  
manos levantadas al cielo, y creyó haberse  
engañado en su desconsuelo; pero que-  
riendo abrazarle, conoció con amargura la  
verdad de lo que figuraba la vision.

Amortajó el cadáver con la túnica de  
Atanasio; sacóle de la gruta, y al salir cantó  
las oraciones que acostumbra la Iglesia.  
Despues de esto, no teniendo instrumentos  
propios para cabar la tierra, se halló suma-  
mente perplejo para sepultarle segun el uso  
de los fieles. Entonces vió dos leones que  
velozmente venian de lo interior del desier-  
to. Tembló de espanto al principio, pero  
pronto descansó en la Providencia. Efecti-  
vamente, estos terribles animales dirigién-  
dose al cuerpo de Pablo, le halagaron  
con sus lenguas y colas, y dieron como  
bramidos de dolor. En seguida comenzaron  
á escarbar con las uñas, y en pocos mo-  
mentos hicieron un hoyo mas que suficiente  
para el cuerpo de un hombre, y se volvieron  
al desierto. Antonio puso el cadáver en el ho-  
yo, cubrióle con tierra, y colocó en aquel si-  
tio una señal para que se pudiese conocer.  
Partió á su monasterio al dia siguiente, lle-  
vando como una rica herencia la túnica que  
Pablo se habia hecho con sus propias manos,  
que era un tejido de hojas de palma, parecido  
al de los esportillos. Luego que llegó á su  
monasterio refirió estensamente á sus dis-  
cípulos un suceso tan propio para edificar-  
les. Antonio tenia á mucha gloria llevar la  
túnica de Pablo, aquella túnica grosera de  
hojas de palma, y no usaba de ella sino en  
los dias mas solemnes, como Pascua y  
Pentecostés.

Quince años sobrevivió San Antonio al  
primero de los anacoretas, y no murió hasta  
la edad de ciento y cinco. Sus austeridades  
fueron siempre las mismas, é igualmente  
su celo en formar una infinidad de solitarios  
y cenobitas que á su vez formaron tambien  
infinitos otros. Aunque no poseia ninguna  
cualidad natural que le distinguiese, su  
eminente santidad le habia hecho célebre  
en todo el orbe cristiano; y sin embargo de  
que no sabia leer, se conservan algunas  
cartas suyas, con una regla muy breve, que

habia dictado en la lengua de su pais y que  
se ha traducido al griego y al latin.

Solamente los enemigos de la fé rehusa-  
ban hacer justicia á unas virtudes tan ad-  
mirables como las de estos hombres del todo  
celestiales, pues el amor y adhesión que  
abiertamente profesaban á su legítimo pas-  
tor oscurecía todas sus buenas cualidades á  
los ojos del herege su rival. Mas en tanto  
que el intruso no pensaba sino en estable-  
cer su autoridad por los medios mas in-  
dignos, Atanasio fugitivo llevó sus quejas  
al Padre comun de los fieles y de los pas-  
tores de todas las iglesias (1). Presentó al  
Sumo Pontífice los testimonios de ochenta  
obispos de Egipto que afirmaban cuanto se  
podia decir de mas convincente en favor  
suyo. Pero desde que el Papa le conoció  
personalmente, su relevante mérito, su  
método de vida santo, sabio y modesto, su  
rara piedad, y todas sus virtudes fueron la  
mas eficaz recomendacion. Convenciéronse  
todos desde luego de que no era odioso á  
los impios sino porque les era temible. El  
Papa San Julio á la primera vista de Atana-  
sio, sintió en sí tal benevolencia hácia él y  
una inclinacion casi tan irresistible que pre-  
venia todas las reflexiones. En lo restante de  
su vida dió gracias á Dios de haberle hecho  
conocer á un obispo tan digno. Respecto  
al santo Patriarca, despues que trató su  
negocio segun las reglas de la prudencia  
cristiana, abandonó el cuidado de él á la  
Providencia. No se mostró inquieto ni agi-  
tado, ocupándose principalmente en los  
ejercicios de piedad y en la asistencia á los  
divinos oficios; de modo que parecia no  
haber emprendido sino un viaje de devocion  
á los lugares santificados por el martirio de  
los Santos Apóstoles, y toda su comitiva,  
digna ciertamente de él, no podia menos de  
aumentar la edificacion de los romanos.

Habia traído consigo algunos solitarios de  
la Tebaida, de una vida mas angélica que  
humana, y este espectáculo era nuevo en  
el Occidente, el cual procuró informarse de  
su admirable método de vida (1). Vióse  
entonces á las primeras señoras del imperio  
pisar las delicadas telas y el fausto de la  
grandeza, emulando á los hombres mas  
austeros en la observancia de todas las re-  
glas rigurosas del retiro y de la penitencia.  
Diez y ocho meses permaneció Atanasio en  
Roma esperando á sus acusadores; pero en  
vano, pues no se presentaron.

Escribióles el Papa instándoles á que vi-  
niesen á un Concilio que sus diputados ha-  
bian pedido. Fijóles término, dentro del  
cual si no acudian con buenas pruebas, no  
dudaria ya de su mala fé y de la debilidad  
de su causa; pero estaban desesperados sa-  
biendo que Atanasio estaba en Roma, don-  
de por lo mismo no les quedaba medio al-  
guno de enredar, y mucho menos siendo  
como era sólidamente católico el soberano  
de Occidente y que no se entrometia en  
los negocios de la Iglesia, sino para hacerla  
disfrutar de toda la libertad del Evangelio.  
No debia tratarse nada sino conforme á los  
Cánones en un Concilio donde no habria ni  
tirano ni satélites para aterrar y violentar  
los ánimos, y así el testimonio de su con-  
ciencia impidió á los impostores presen-  
tarse. Fingieron lentitudes, y detuvieron á  
los portadores de las cartas pontificias mas  
del tiempo señalado. Despidiéronlos despues  
con una confesion de fé artificiosa como  
siempre, es decir, que nada espresaba de  
herético, pero no escluia formalmente la  
heregia con la palabra *Consubstancial*.

No por esto dejó de celebrarse el Con-  
cilio. Reuniéronse en él mas de cincuenta  
obispos, muchos de los cuales eran de Tra-  
cia, de Siria, de Fenicia y Palestina. Asis-

(1) Athan. Apol. 1.

(1) Hieron. Epist. 16.

tieron también sacerdotes de Alejandría perfectamente impuestos en las cosas de su obispo, cuya causa se examinó con todas las debidas formalidades. Pusiéronse allí de manifiesto los horrores de la calumnia: se demostró que el Concilio de Tiro había sido un escándalo; y el grande Atanasio quedó unánimemente absuelto. El Concilio decidió igualmente á favor de Marcelo de Ancira, de Asclepas de Gaza, de Pablo de Constantinopla, y en general de todos los católicos que estaban perseguidos por la facción de los arrianos. «Así, dicen Sócrates y Sozomeno (1), todos los obispos oprimidos podían recurrir al Papa, y hallaban un apoyo en las prerogativas de su Sede, que le dan derecho para cuidar de todas las iglesias.»

Era antigua costumbre que, por honor á la Sede Apostólica, los decretos de los Concilios en que presidia el Pontífice Romano en persona no se publicaban sino por sus propias cartas, lo que despues imitó el África respecto de su primado. Conformándose con esta costumbre escribió el Papa Julio en nombre de su Concilio á los eusebianos (2). Refuta desde luego sus calumnias contra los obispos condenados en Antioquia, y pone de manifiesto la justicia y regularidad de su rehabilitación en Roma. «Si vosotros, añade, poseéis mejores noticias sobre estos hechos, ¿por qué no habeis venido aquí á proponerlas y sostenerlas cara á cara, á la faz de los acusados por vosotros que se han presentado gustosos y que se han mostrado prontos y dispuestos á responder á cualquiera y sobre todos los puntos? ¿Debiérais ó no haber llevado á tal extremo las cosas, ó no desacreditaros á vosotros mismos, retrocediendo con tan sospechosa cobardía, despues de haberos mostrado tan orgullosos? Mas sin hablar de

(1) Socrat. hist. lib. 2, cap. 15; Sozom. lib. 3, cap. 8.

(2) Ap. Ath. ap. t. 2 Concil. p. 493.

Atanasio y Marcelo, ¿qué contestareis á tantos sacerdotes y obispos perseguidos, desterrados, atormentados de mil maneras y que todos los dias nos muestran vuestras violencias, buscando aquí un asilo? ¡Oh, hermanos míos! Distan mucho de las reglas del Evangelio las decisiones de vuestras iglesias, que hablan de penas deseonocidas en él, del destierro y de la muerte. Si los que perseguís fuesen culpables, según afirmáis, era indispensable escribirnos á todos nosotros, para que pudiésemos decidir de acuerdo lo que fuese mas conveniente, porque obispos son los que sufrieron todos estos males, é iglesias distinguidas que recibieron la fe de los mismos Apóstoles. Sobre todo debiais esponer á nuestra Iglesia las acusaciones promovidas contra el obispo de Alejandría. ¿No sabeis que se acostumbra escribirnos primero y que la decision debe proceder de aquí? Mas sin habernos dado parte y despues de haber hecho lo que habeis querido, pedís que lo confirmemos sin conocimiento de causa.»

La declaración del Sumo Pontífice animó á los ortodoxos. El usurpador de la Silla de Constantinopla, el famoso Eusebio, cargado de crímenes y de años, pues era ya viejo cuando principió el arrianismo veinte años antes, murió poco despues del Concilio de Antioquia, y entonces el pueblo católico colocó de nuevo sobre su Silla al santo obispo Pablo, que era el titular legítimo y habia sido arrojado de ella con tanto escándalo; mas al propio tiempo los arrianos, bajo la dirección de sus celadores y del metropolitano Teodoro de Heraclea, herege como ellos, ordenaron á Macedonio en otra iglesia. Los ciudadanos adictos respectivamente á los dos partidos, formaron dos poderosas facciones. Perdió la vida el mismo jefe de la tropa llamado Hermógenes, mostrando parcialidad á favor de los facciosos mas protegidos, y aumentando la

turbación en vez de apaciguarla. Con esta noticia partió el emperador Constanzo precipitadamente de Antioquia á Constantinopla, á pesar de lo frío del invierno y de los negocios importantes que hacían indispensable su presencia en Oriente. A nadie sin embargo quitó la vida; y enterneciéndose á vista de las peticiones del Senado, y de las lágrimas del pueblo que le salió al encuentro, perdonó la vida á aquella gran porción de culpados; pero redujo á la mitad la cantidad de trigo que el emperador su padre habia mandado repartir. También arrojó de la ciudad á Pablo, mas sin sancionar la elección de Macedonio, ofendiéndose de que le habian ordenado sin darle parte, y mirándole á él y á Pablo como causa de la sedición. Por lo demas, nada anuló de lo que habia hecho el intruso, y permitió que tuviese sus juntas en la iglesia en donde le habian ordenado.

El Papa, despues de haber intentado en vano atraer á los arrianos con sus consejos paternales, conoció que eran necesarios otros medios contra semejante facción; puso pues en conocimiento del emperador Constante los atentados de la impiedad; y en particular los cometidos contra los obispos de Alejandría y Constantinopla. Pero muy lejos el Vicario de Jesucristo de decir cosa alguna que pudiese encender la discordia entre los dos augustos hermanos, solamente procuró atraer al buen camino al que se separaba de él, y para ello quería valerse de la mediación del príncipe religioso que perseveraba con una inviolable fidelidad (1). Contentóse pues Constante con escribirle, y esto lo hizo de una manera que pudiese ser eficaz. Exigió que tres obispos de los que habian procedido con tan poco miramiento con sus mas ilustres compañeros, viniesen á darle cuenta de su conducta. Su poder y las

(1) Socrat. lib. 11, c. 13.

circunstancias en que se encontraba el Oriente le ponían en estado de usar de este tono imperioso; porque despues de haberse apropiado todos los dominios de su hermano Constantino, Constanzo cada vez mas ocupado en la guerra de los persas, trataba de compadecerle en todo.

Envió pues cuatro obispos á Constante, sin embargo de que este no pedia mas de tres; pero los sectarios procuraron elegir á los mas ilustres; esto es, Teodoro, obispo de Heraclea, Narciso de Neroniade, Máris de Calcedonia, y Marcos de Aretusa en Siria. Estos artificiosos diputados quisieron justificar lo hecho en el Concilio de Antioquia; mas los occidentales, menos prácticos en contiendas, acudieron desde luego al hecho y exigieron ante todo su confesión de fe. Según su costumbre presentaron aquellos un símbolo oscuro, que ni era verdaderamente herético, ni bastaba contra el error. Descubrió su ponzoña San Maximino de Tréveris, y por lo tanto les negó su comunión. Dirigido el jóven emperador por un Pastor tan bueno, siguió pura é inviolablemente adicto al símbolo de Nicea, y comprendió perfectamente que no se perseguía á Atanasio, sino porque la defendía mejor que nadie. Fecéronse pues, los diputados muy poco satisfechos de su comisión, y Constante pensó con seriedad en remediar las disensiones que desolaban la Iglesia.

Aparentó Constanzo aprobarlo todo. Los persas activaban mas y mas la guerra, y Sapor, su rey, era un enemigo formidable; este era un príncipe de grande ingenio y valor, de una osadía, orgullo y crueldad terribles; y sobre todo estaba furioso contra el nombre Romano, y esta fué principalmente la causa por que los cristianos de sus Estados padecieron tanto durante su largo reinado. Habiendo nacido y estendiéndose el cristianismo especialmente en el imperio, muchas veces los bárbaros no hacían distin-